

LA LITERATURA Y SU COMPROMISO SOCIAL

Literature and its Social Commitment

Graciela RENDÓN

Escritora y docente

aliciar@smandes.com.ar

Como su nombre lo indica esta es una ponencia¹. Por lo tanto decidí poner mi palabra y mis expectativas al servicio de las “posturas”. Las ponencias son experiencias que se ponen al descubierto, se socializan y toman la forma de “postura”.

Cada quien toma su palabra, la pone, y la devuelve en coloquio o en discusión al oyente, o bien en literatura. Yo sé que las ponencias son figuras del campo de la escritura que más tienen que ver con un formato que explica y argumenta algunas definiciones. Pero hoy decidí jugar un ratito con la palabra, con este vocablo tan formal y decir que *ponencia* es *poner en palabras* una experiencia ficcional que nos hace tomar partido. O que nos hace tomar postura, tanto al escritor/a como al lector o lectora.

Hoy sucederá después de esta breve exposición de la palabra que cada quien tomará lo que le plazca, lo deshará y lo transformará en nuevos contenidos. O bien, se peleará con él. O bien, discutirá con lo que lo sorprenda. A veces hemos tardado tanto en forjar una idea, que una vez que la tenemos como *controlada*, decidimos cerrarla. La consideramos *in desarmable*. No olvidemos que la idea está formada por la sociedad, y la sociedad es cambiante, es móvil; por eso, molesta e incómoda esa idea única y hasta diría solitaria que se formó así, de venir cluequeando de otras ideas. Porque las ideas incómodas, no vienen felices salticando orgullosas y altaneras, más bien vienen sudando y dudando; la duda hace sudar. Fíjense que son las ideas las que vienen a trastocar piedras fundamentales en la historia.

¹ Esta ponencia fue presentada en el II Congreso Nacional de Literatura Infantil y Juvenil, Mendoza, 30 mayo-1 junio de 2012. Se iniciaba con este agradecimiento: “Quiero primeramente agradecer a quienes hicieron posible este encuentro. Que sé perfectamente el tiempo, las energías y las incertidumbres que conlleva. También las glorias. Gracias a la Licenciada Elbia Difabio, Licenciada Brenda Sanchez, Licenciada Hebe Molina y a quienes compartieron todo este trajín para llegar a buen puerto. También debo agradecer a la gente de Edelij, especialmente a Silvina Jure, porque conociendo ese espacio se pudo establecer esta conexión”.

Imagínense la idea que se puso delante de las mujeres y hombres negros en Estados Unidos diciéndoles que se animen a sentarse en el colectivo, que después de todo ellos también eran humanos, que —al fin y al cabo— tenían derecho a estar cansados... y que... y que... y que. Imagínense la idea esa medio gris, medio sin forma que vino a pararse al costado de los amores reñidos por la sociedad por considerarse oscuros o sórdidos, y empezó a susurrar en los oídos de quienes querían amar al mismo sexo y no podían. Y esa idea vino insegura, arribó solita, descalza, en camión, muerta de frío: “¿Qué puede ser lo malo de amarse?” habrá sido la primera pregunta.

Esto es lo que intento decir, que es la idea de esta ponencia. El poder hablar de la literatura como una incomodidad, como el lugar donde nada está hecho, donde todo se cambia interminablemente y donde lo que parece vuelve a crecer. La literatura como postura, como acreditación para registrar el mundo, para sobrevivirlo, o sobrevolarlo. Vivirlo por encima, mirándolo, tocándolo. Cuando digo “registrarlo”, digo “echarle un vistazo y en todo caso pensar sobre él”. No mirándolo por encima como si fuéramos demasiado importantes, sino más bien ojearlo, u hojearlo, dar vuelta con los ojos, una a una las páginas de la historia de cada día y revisar. ¿Qué revisaríamos?, por ejemplo: El qué decimos. Qué valoramos. A quién nos dirigimos. Qué silenciamos. Qué gritamos a viva voz. De qué preferimos hablar. Y qué temas elegimos no tocar.

A eso llamo yo *literatura como postura social*. La literatura hecha por otro que se dirige a un otro.

Me voy a detener en qué temas elegimos tocar o no. También nosotros, y nosotras, todos y todas, nadie queda exento de esto: ponemos prioridades en la canasta de la producción intelectual. Nuestros medios de producción, los libros, las literaturas impresas y las oralidades son de alguna manera elegidas para ser consumidas. Por ejemplo: ponemos en la canasta básica escolar:

-Un manual y mapas, porque las matemáticas y la geografía son necesarias. La regla, el compás, el transportador y las tablas.

-Algunos clásicos: Quijote, Madame Bovary, Homero y Borges

Y ustedes me dirán: ¿Y por qué no elegiste *La Divina Comedia*, o *Antígona*, o *El Rey Lear*, o a Cortázar. ¿Por qué se lee tan poco a Marechal? Esto tiene que ver con las *selecciones* y el poner o sacar tiene que ver con una *postura política*. Tiene que ver

con lo que elegimos brindar a la polis. O si lo damos vuelta, tiene que ver con lo que la polis me elige para que yo hable de eso.

Estábamos hablando de la literatura como postura social y dijimos que se producen algunas incomodidades, yo las voy a llamar *incomodaciones*. Sólo porque hoy decidí jugar con las palabras.

Una es el *tema* y la otra es el *lenguaje*

El *tema* más bien me parece es el engranaje que hace que ruede la maquinaria política. Que sepamos a qué polis nos dirigimos, y que sepamos con qué polis jugaremos. La polis no es un grupo de almidonados lectores que se quedan satisfechos o no, al leer un libro. Digo más que eso, digo, *la polis* es ese lector que yo concibo vivaz, sagaz, atropellándose por conocer y entender, al que yo deseo entregarle una experiencia ficcional. Por eso, muchas veces el *tema* es como la incomodidad de las *incomodaciones* porque surge de una polis que está inquieta, y hace a su vez que se inquiete su escritor.

La literatura no comienza con las palabras en todo caso, aunque los eruditos digan que sí. Primera idea transgresora. La literatura, dice Adolfo Colombes, ese notable antropólogo social y político, es la que con el lenguaje nombra las cosas (citando a Lacan) y es el lenguaje que primero fue gesto y luego sonido. Con el correr del tiempo el hombre lo recreó poniéndole una marca. La marca se imprimió, y la impresión fue un hecho histórico sin precedentes; de hecho marcó el comienzo de la historia, que democratizó el gesto. Si no hubiera habido un gesto primero, quizás no hubiera habido polis. La polis está porque hay un otro y una otra. La literatura se construye en una relación de alteridad, de ese otro y otra. Desde los umbrales de la historia, la ciudadanía, los pueblos, se construían en base a opresores y oprimidos. Y unos se necesitaban de los otros. El saber de unos había sido construido entre otros, o junto con otros. La historia siguió con el mismo engranaje, aunque hayamos ganado en legislación; pero ahora el saber se construye sobre patrones y obreros, sobre empresarios y empleados, sobre rurales o campesinos y ciudadanos o urbanos. La alteridad está siempre en tensión dentro de la literatura, porque siempre es un otro quien nombra las cosas. Y en la práctica literaria se despertará una tensión entre la identidad y la diferencia. Entre una erudición que exige y un saber popular que conserva y una vanguardia que trastoca. La idoneidad *versus* la cotidianeidad.

Es importantísimo el papel de la vanguardia en esta construcción política de las letras y de lo ficcional. En Rusia, por ejemplo, en la época del Stalinismo la vanguardia quiso

poner de manifiesto una literatura de semiótica, que tuviera más que ver con lo estético y con lo simbólico, pero para esa Rusia sólo era factible una literatura realista que diga lo que debe decir y no muestre más que lo que debe mostrar. Parados desde hoy podemos decir que era una cerrada construcción del comunismo; parados desde ayer, podemos decir que quizás era eso lo que urgía, porque se debía construir rápidamente un artefacto artístico, antes de ser comidos por los dueños del saber, *los americanos o los europeos*. Con este ejemplo no alabo el Stalinismo ni mucho menos, sólo describo un acuerdo histórico de políticos con la producción intelectual. Algo similar pasó en Cuba, recuerdo, dentro de la docencia: en los años 70 y 80 no se realizó el saber constructivista porque debían alfabetizar rápidamente, y cambiar las coordenadas de la formación ciudadana y la historia apuraba, y por eso se hacía de manera conductista. Yo no digo que eso esté bien, en todo caso es otra discusión; sólo trato de explicarlo. Estas también son formaciones políticas para lograr formaciones estéticas.

Me parece importantísimo en este punto la obra *Antígona*. Una obra netamente política. Que atraviesa nuestra cultura de este a oeste. Que deja una impronta maravillosa sobre el pensar ciudadano. Sófocles nos empuja constantemente a preguntarnos: ¿A quién hacemos caso: al *Estado* o a la *cultura*? ¿Al *ser político* o al *ser ciudadano*? ¿Al *ciudadano* privado, o al *ciudadano* social, ese que es parte de un colectivo? Estas preguntas son de alguna manera la esencia de la literatura, porque las letras al fin y al cabo explican, o bien, complican de las dos maneras igualmente; traen formulaciones para seguir construyendo más literatura.

Hay un estudio interesantísimo que recomiendo leer en el libro: *El cuerpo del delito*, de Josefina Ludmer, que habla de las formaciones desde la Academia, desde los claustros de saber. La autora explica qué tipo de literatura debía leerse, y debía escribirse –por ejemplo– en los años de la Argentina agroexportadora, en los años de Juárez Celman o de Avellaneda. También porque urgía un ciudadano europeo, que mirara la civilidad y las maneras estéticas del europeo. Así florecen escritores como Lucio Mansilla. O como Victoria Ocampo. O como el primer Borges, que no puede soportar el susurro del pueblo sin eses, porque él la escucha como una corporación que insulta su oído. Digo el primer Borges porque noté que su carácter va cambiando: estas ganas de ser arrabalero y no poder lograrlo, lo hace estar en las orillas, y desde esas orillas va ir reconstruyendo cada vez más su escritura, avisándonos frágilmente qué polis desea escuchar.

Hasta aquí más o menos he tratado de poner, hacer *ponencia*, sobre las tensiones de la literatura, su postura política, a qué polis se dirige y con qué polis desea jugarse, sus vaivenes en la historia, todo esto definido en la palabra *tema*. Los temas que

aborda y su historia, súper sintética en la recta del saber humano. Cuál es la síntesis: que la literatura no puede dejar de proponernos tensión y problemas. No puede ser un regocijo para el alma, más bien tiene que trastocar lo que hasta hora creíamos regocijante. No quiero decir que tengamos que ir llorando por los rincones; uno puede disfrutar un texto literario que nos proporciona un conflicto. La literatura tiene que relacionarse con placer, nunca con la indefinición o el aburrimiento.

Ahora desarrollaré el siguiente paradigma de esta ponencia que se bifurca del título "La literatura como compromiso social".

Ya hablamos del *tema*. Ahora hablaremos del *lenguaje: cómo decimos lo que decimos*. Y acá surge inevitablemente el tema de los dos países. El puerto de Buenos Aires y el interior. Virreinato del Río de la Plata *versus* Virreinato del Perú. Esa constante que nos atravesó y aún nos atraviesa como polis.

Antes hablé de *Juvenilia* y Miguel Cané, los libros atravesados de la concepción política de una literatura de formación ciudadana. También podemos citar a Esteban Echeverría, en todo caso el *Martín Fierro* o el *Facundo*. En fin, letras que abonaron de concepciones políticas el país. Comienza entonces un debate que me interesa mucho sobre la ideología de las palabras y sobre cómo vamos a escribir las palabras de la polis del interior del país.

¿Acaso está bien dicho: Ir *a la siga*. *Lo hizo a las tantas*. *En veces no lo veo*?

¿Acaso no es literatura el habla del indígena?

Un libro muy valorado es *Eisejuaz*, de Sara Gallardo. O *Enero*. Una literatura que poco se difundió en el ámbito de las letras. Sara Gallardo era una escritora que se identificó con el habla popular, y sin ponerse a ser peón o campesino, supo entregar al lector una problemática desde ese lugar. Narró la situación. *Lenguajizó* el campo. ¿La oralidad acaso no debe ser *lenguajizada*?

Desde 1810 hay un habla en las regiones que miran hacia Latinoamérica y un habla en el puerto de Buenos Aires que mira a Europa. Yo me cansé de ver, como maestra, que era gracioso y ameno en diferentes cursos que hice sobre jardinería, escuchar a los alemanes o ingleses que pareciera ser que son los únicos que entienden sobre el buen manejo de la naturaleza, cómo hablan sin haber conseguido normas gramaticales básicas. Sin embargo, la gente festejaba este modo de hablar. Pero si es un indio quien lo dice: habla mal. Se traga las eses, se come la n, se mastica no sé qué. Y acá sí caigo

inevitablemente en el rol de la escuela. De las bibliotecas. Qué polis circula por allí, y qué queremos como educadores y mediadores que circule por allí.

El mercado editorial tampoco se queda atrás. Los *best sellers* son aquellos que hablan lo que el ciudadano quiere oír. Y si viene de costumbre europea, mejor. Duende, brujos y hadas, príncipes y reinas, una naturaleza boscosa que refiere o a Alpes o a Pirineos. Los héroes son rubios y las mujeres son flacas. Nada habla del desierto de Atacama, ni del Cerro de los Siete Colores, ni del olivo fermentado en una hacienda de viejos colonos que conviven con huarpes. Nadie habla de los mapuches luchando contra esos alemanes que avanzaron sobre sus tierras, decidiendo qué debían plantar. Nosotros necesitamos que se *lenguajice* el interior de nuestro país, que sean las diferentes identidades de nuestro país las que nos busquen para decirnos algo. Necesitamos de esa polis para politizar el interior. ¡Tenemos tantos ejemplos de este tipo! Daniel Moyano, escritor riojano, con su *Vuelo del Tigre*, hablándonos con el lenguaje de la selva. O Antonio Di Benedetto atravesándonos con su *Zama*. La literatura, cuando nos es ajena, ya no nos sirve. No nos contiene. No nos devela entonces, no podemos ponerla en cuestión. Es como algo inocuo. No hace ni bien ni mal. Si no existe, no nos daríamos cuenta. Cuando la literatura nos representa, sabemos que está salida de nosotros.

Y esa es, en síntesis, la idea.

La idea esa que sugerí, venía a incomodarnos. Ponernos en alerta de qué literatura queremos ocuparnos. La discusión del momento: de qué polis literaria queremos ocuparnos.

La literatura es, al fin y al cabo, la escritura de nosotros mismos. Nosotros tenemos que elegir en qué espejo deseamos mirarnos.

O como Alicia en el País.... *qué espejo queremos atravesar.*

Bibliografía

- COLOMBRES, ADOLFO. *Celebración del lenguaje.*
DI BENEDETTO, ANTONIO. *Zama.*
GALLARDO, SARA. *Eisejuaz.*
LUDMER, JOSEFINA. *El cuerpo del delito.*
MOYANO, DANIEL. *El vuelo del tigre.*